

Y aquel que, en los ilimitados campos de la investigación, ha encontrado una fórmula que, concretando una serie de leyes especulativas, dá con ella al poderoso brazo de la práctica un elemento más con que dominar la materia; ese en el curso de los siglos marca una etapa en la perfectibilidad del hombre. El hombre desde su origen no ha venido descendiendo, como se empeña en sostenerlo cierta escuela; sino, al contrario, ha venido peldaño por peldaño afirmándose en la escala de su perfección, conquistando ideas y sentimientos que, aunque empece al insigne autor del Contrato social, han puesto en su mano la palma de una civilización, que apenas si fué columbrada por los más grandes pensadores de la antigüedad. Ha llegado una época para los pueblos en que permanece estacionario, equivale á retroceder.

Y por eso la vida de los sabios no interesa á un sólo hombre, ni á una familia, y ni á un sólo pueblo; sino á la humanidad, cuyos pasos en el progreso débense á sus desvelos, á sus investigaciones y á sus descubrimientos.

II.

Su nacimiento.—Sus estudios.—Su venida á Monterrey.

Por nadie se nos podrá negar que en nuestra joven Patria, que marcha triunfante al porvenir, hay de esos hombres eminentes, cuyas ocupaciones todas, cuyos afanes y conocimientos tienen por único objeto el bien de sus semejantes, al dar á luz las producciones de sus raros y fecundos genios.

Uno de esos hombres es el Dr. D. José Eleuterio González.

Nació en Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, una de las poblaciones de la República, el 20 de Febrero de 1813. Fué hijo legítimo, y menor que su única hermana Doña Josefa, del Capitan de milicias D. Matías González y Doña María Ana Mendoza, personas de excelentes cualidades y de muy buena aceptación entre las familias más acomodadas de aquella ciudad. Al año y medio de nacido le arrebató la muerte á su padre, siendo tal acontecimiento demasiado desconsolador para la Sra. Mendoza. Pero esta Señora; gracias al cielo, halló en el eminente Lic. D. Rafael del mismo apellido, su tío paterno, una protección y amparo que verdaderamente endulzó un tan-

to la amargura de que la había llenado la pérdida que acababa de sufrir. En efecto, el Lic. Mendoza tuvo para con la familia de su sobrina todos los cuidados, todos los desvelos y todas las atenciones propias del padre más solícito y vigilante. Debido á esto, fué como el niño González, su sobrino y ahijado de pila, á los doce años de edad, pisó las aulas del Colegio Seminario de aquella capital.

Sus maestros de latinidad, presbíteros D. Rafael Tovar y el Sr. Barajas, que despues fué digno Obispo de San Luis Potosí, miraban en González brillantes dotes para llegar á ser, no ya un muchacho de provecho, como vulgarmente se dice, sino un sabio. En los exámenes que sustentó dió pruebas de su genio en lo acertado de sus respuestas y en la sensatez y vivacidad que lo caracterizaban. Cursó filosofía y retórica en el Instituto literario, que substituyó á la antigua Universidad, adquiriendo con ambos estudios el modo de reflexionar templado, profundo y certero que mostró en los actos todos de la vida.

El Lic. Mendoza, que era de vasta instrucción, talento y experiencia, se propuso, desde que lo dedicó á las letras, adivinar sus inclinaciones. Y al efecto, por vía de paseo y de diversión, lo llevaba á las oficinas, á los talleres y hospitales. No tardó en conocer lo que vivamente deseaba. Vió en su sobrino cierta y manifiesta disposición á las ciencias

naturales, un amor entrañable á la humanidad, una memoria muy feliz, y aunque falleció, cuando apenas su ahijado cursaba gramática, le aconsejó en sus últimos instantes que se dedicara á la medicina. ¡Digno ejemplo de ser imitado, porque nada se presenta más interesante y trascendental para un joven, que se dedica á las letras, que la elección precisamente de la carrera á que le inclinan sus disposiciones naturales! El Lic. Mendoza sabía perfectamente la máxima de Hipócrates de que todo es inútil cuando se quiere forzar la naturaleza; y González, siguiendo sus propios deseos, y obedeciendo á la vez tan respetable mandato, abrazó sin titubear y con asiduidad y empeño el estudio de la medicina. "Arte sublime, como él dijo en su discurso de 1863, que deriva sus deberes de las leyes más santas de la religión y de la filantropía, que tiene en su mano nada menos que el inmenso poder de la naturaleza benéfica, y cuyo objeto único y exclusivo es derramar á manos llenas el bien por todas partes."

Comenzó en Guadalajara aquel estudio que vino á concluir á los veinte años de su nacimiento en San Luis Potosí. En esta ciudad se captó, no solo el aprecio, sino la admiración por su vasta é infalible memoria y su erudición ya notable.

Sin graduarse se dirigió á Monterrey, capital de Nuevo-León, á donde llegó el 18 de Diciembre de 1833, cuyo punto había de formar el teatro de sus acciones, y cuyos habitantes habían de honrarse con vivir con él en un mismo pueblo.

Sin título alguno estuvo ejerciendo su profesión siempre con éxito y con aprobación de los que componían el cuerpo médico. Nimiedades quizá no le dejaron solicitar su examen, nimiedades que, bien pudo calificar de infundadas, atendiendo á la aceptación que se le dispensó muy benévolamente en todas las clases, á su numerosa clientela y á los brillantes resultados de sus curaciones; aceptación que fué claramente manifestada por el cariño que de todos se grangeó cuando, desde el anciano hasta el niño que comienza á balbucear, le llamaban *Gonzalitos*, por cuyo nombre fué y será sin duda generalmente conocido. El pueblo no se equivoca, y cuando trata de recompensar los méritos del hombre laborioso, cuyos desvelos redundan en beneficio público; cuando, aunque sea en parte, se propone explicar su gratitud; de todos los que le forman brota espontáneamente una palabra, una voz, emblema de su agradecimiento y de la veneración que rinde á la sabiduría, al mérito y á la virtud. ¿Y qué importa que en lugar de esa palabra insignificante no tenga una *violeta de oro*, como en los juegos florales de la edad media, ó cualquier otro premio como en los certámenes literarios de la sábia Grecia?

En nuestros tiempos vasta al hombre, que se ha empeñado en el bién de la sociedad, una palabra de cariño, de gratitud, porque ella puede ser el mejor timbre de gloria, la más brillante hoja de servicios, como suele decirse, y el himno más entusiasta de alabanza.

¿Pero por qué, se dirá, dejó el suelo de su cuna? Las súplicas del Illmo. Sr. D. Fray José María de Jesús Belaunzarán y Ureña,—relativas á que se encargase del hospital que entonces había en Monterrey, llamado de Nuestra Señora del Rosario, y que estuvo en la casa conocida por "El Colegio de niñas"—; lo persuadieron á seguir viviendo en esta bella población, en la que había sido recibido con el más cordial aprecio.

Por otra parte; para satisfacer un vivo deseo de instrucción, que se adquiere más bien con el continuo trato de los libros que con el de los hombres; para dedicarse con provecho al estudio, sin que vengán á turbar nuestras horas de meditación las revueltas más consecutivas en el centro de una nación, que en las ciudades exteriores; no cabe duda que es mas á propósito un lugar de estos últimos. Sea dicho esto con perdón del venerable Plutarco, que, al escribir las vidas de Demóstenes y Cicerón, quejábase de vivir en Queronéa, pueblo corto, en que no tenía copia de libros en que satisfacer su deseo de instruirse, y preguntar sobre cosas ocultas á los escritores, pero manifestas á la tradición en una ciudad populosa.